

## La memoria

Hubo un tiempo en que los hombres creyeron que el centro del mundo coincidía con la plaza del mercado. Así pensaban los habitantes de las ciudades abominables. Les dimos caza, los exterminamos, ya no viven. Ni siquiera llegaron a saber que nosotros existíamos mucho antes que ellos.

En la parte de la tierra donde muere el sol, también creían muchos que Europa regía el universo. Pero en la época en que nosotros hacíamos las larguísimas cabalgadas de mar a mar, Europa era un rincón de bosques y pantanos en el extremo de nuestros pastos. Sus habitantes eran bestiales, blancos y repulsivos, se hacinaban bajo montones de leña seca y dormían siempre presos en el mismo lugar maloliente.

Los hombres de la mano derecha, donde muere el sol, eran despreciables y pestilentes. Creían que un dios condescendiente y flojo se dedicaba a contemplar sus detestables seres, ponía en sus manos el destino y les regalaba

la fortuna. No conocían a Tengri el Irritado, ni tenían noticia del emperador Oceánico.

Lo ignoraban todo, se limitaban a amontonarse en sus ciudades. Nosotros los cazamos como a ovejas encerradas, igual que el lobo caímos sobre ellos.

Cuando decidí convertir al mundo en un solo pastizal donde nomadear sin límites, todos sabían que nací apretando en la mano un botón de sangre del tamaño de una taba de cordero y eso significaba que tendría un destino de héroe.

Cincuenta inviernos más tarde, cerré los ojos y dejé a mi hijo el mundo, con más pasto, ganado y poder de los que ningún hombre tuvo antes, ni tendrá después.

Al principio, sólo poseía yo mi voluntad y todos estaban contra mí. Pero los arreé como al ganado, los acosé como piezas de caza, los puse bajo mi planta y los maté.

Yo, el despreciado, acabé con mis contrarios, uno a uno y en manadas incontables. Lo mismo en la estepa que en sus ciudades repugnantes, donde gemían y gritaban. Los hice morir y quemé sus antros de pestilencia.

Yo, que no llegué a saber los nombres de los emperadores y reyes que destroné, ni tuve noticia de cómo llamaban a sus reinos, en sus lenguajes de perros.

Pero todos conocieron mi nombre, siquiera en la hora de perecer y perderlo todo. Y también hoy mi memoria vive más que ellos, gente parada y vil.

Nadie fue como yo. Atila no cabalgó cuanto quiso; conoció la derrota en la tierra donde muere el sol y cedió a

las súplicas del chamán cristiano. Julio César sólo fue un jumento de aquel carro romano que se arrastraba en torno al charco mediterráneo; y ese mismo carro lo aplastó como una rana cuando tendió la mano hacia la corona. Alejandro no llegó a recorrer una esquina de mis pastos; y el destino lo abatió cuando era joven. Carlomagno no salió de sus bosques; y era un pobre hombre que temía a sus escribanos y magos. El Faraón era un inválido enteco; y sólo amontonó piedras junto a un río.

Cuando empecé a recorrer el mundo, no tenía gentes ni caballos innumerables, como dispuso Alejandro. Ningún otro pueblo empujó al mío, como le pasó a Atila. Tampoco imploré permiso a los dioses, como hacen los hombres parados. Pero conocí el secreto del hierro y torcí el destino en mi fragua.

Nadie fue como yo. Y los que vinieron luego tampoco son comparables a mi memoria. No obedecí camino alguno, así que nadie podrá ver ahora su traza. Fui como el lobo: salí a dominar el mundo, para que todo fuera mi territorio; sólo con eso, ya barruntaba hacia dónde debía galopar. No tuve guía, sólo la manera de hacer de quien no se detiene, arrea sus rebaños hacia la mejor hierba y acaba con el enemigo. Sólo confié en el fuego y la espada.

Sólo cuando los hijos de mis hijos contrajeron las ideas y religiones de la gente parada, perdieron su fuerza y se anegó su entendimiento. Ya no están en la memoria.

Pero antes cambié el rostro del mundo. Porque impuse mi ley y todos aprendieron a temer.

La gente parada, los que roturan sin cesar la misma tierra, los que se hacinan en ciudades de peste y adoran signos quietos, todos tuvieron terror de oír mi nombre. Y el mundo fue una sola estepa, con nuestros rebaños y las tiendas del hombre que todo lo lleva consigo.

Así quedó en la memoria nuestra raza de lobos. Derramamos más sangre de la que nadie jamás soñó. Toda la tierra fue nuestro cazadero. Los muertos incontables abonaron el suelo y criaron hierba suficiente para muchos veranos.

## La traza del universo

El universo es como una yurta, la tienda de fieltro donde vivimos. La vía láctea es la costura, y las estrellas, las aberturas para la luz. Algunos dioses entreabren la tela para mirar; entonces, caen meteoros, granizos y relámpagos. El fieltro no está bien asegurado y amarrado en los bordes, por eso penetran grandes vientos, héroes y diablos. La estrella polar sujeta la yurta celeste con un poste de oro. Por ahí salen todos los humos del mundo. Por ahí van y vienen los destinos.

Nosotros venimos del lobo. Y los hombres parados en ciudades abominables, de la oveja.

Las almas de los niños están posadas como pájaros en las ramas del árbol del mundo, que está en la parte alta de la yurta del universo. De allí bajan, cuando el padre pone al recién nacido sobre sus rodillas.

El centro de la tierra está ocupado por una montaña. Allá vive Tengri el Irritado. Él está sentado en su cumbre ceñuda y envía cometas, sequías, inundaciones y pestes

para mostrar su irritación. El caballo es suyo, pero nosotros lo domamos.

Los hombres parados proceden del escupitajo de Erlik, que fue el primer muerto y por eso está rabioso. Quiere arruinar la tierra, que los hombres se detengan y apesten, encerrados en ciudades.

Damos el mayor agrado a Tengri el Irritado, llevando la desgracia a los hombres parados. Recorremos la tierra, irrumpimos como una inundación, quebramos la arrogancia e insolencia de todas las religiones. Asolamos sus ciudades malolientes y recuperamos para la dignidad de la estepa el suelo de la gran yurta del universo. Siempre hubo lucha entre los cultivadores parados y nosotros, que nos movemos y somos hijos del lobo.

Nací marcado. Yo debía hacer la tormenta que descargó sobre el mundo. El lobo debía aniquilar al cordero, dominar el universo. Toda la tierra para nosotros. La cólera de Tengri debía ir de mar a mar, ninguna muralla debía detenerla.

Yo puse por primera vez el nombre de mongoles a los hijos del lobo y levanté el estandarte de las nueve colas negras de caballo.

## El corazón del mundo

Estamos templados y endurecidos por la irritación de Tengri. También nos llega a veces el mal aliento de Erlik, que está rabioso y tiene rencor, porque es el primer muerto.

Tengri el Irritado nos crió aquí, en el centro de la yurta del universo, el corazón del mundo. Nuestro país está rodeado por una coraza impenetrable.

Nace el sol desde la mano izquierda, en la cordillera de Kingan, y muere hacia la mano derecha, en las montañas de nieve de Altai; nadie las pasa sin riesgo de perecer. Hacia la espalda está el lado de la noche y los montes terminan en la tundra helada, donde sólo verdeguean, en verano y durante una luna, los líquenes. Hacia mediodía, en el desierto de Gobi, sólo hay sal y arena; es la morada del huracán.

Ningún cultivador chino, ningún mercader de Sarmarkanda podría hacer nada aquí. Hasta los ríos sagrados Onon y Kerulen se petrifican en hielo durante seis lunas. Sólo los hijos del lobo primigenio, los portadores del

estandarte de nueve colas negras de caballo, se mueven libres por las riberas y montañas, entre abedules enanos y estepas sin límite.

Aquí, ningún ser vivo corre peligro de reblandecerse por un clima demasiado dulce o una vegetación abundante.

Todo lo que rodea a la vida es aquí duro y cruel por voluntad de Tengri el Irritado. Durante días y noches, sin interrupción, rugen las tempestades. Ningún mar templado con sus aguas la aspereza de los vientos, cortantes y tenaces hasta la extenuación de todo lo que respira.

Del lado de la noche, soplan las furiosas ráfagas que silban sobre el hielo del lago Baikal, tumban y desgarran los abetos y abedules, gimen en los brezos y después azotan, sin perder jamás su fuerza, las extensiones sin fin de las estepas y los desiertos.

La estepa no tiene árboles ni caminos, está hecha para cabalgar sin fin. Los ríos se secan en ella, sin dejar cauce ni recuerdo. Sólo quedan nuestras yurtas negras, aisladas o en grupos.

Las caravanas que hacen la ruta de Pekín deben atravesar el horror del desierto de Gobi, entre Urga y Kalgan. Muchas veces, nos inspiran tal desprecio que no las asaltamos y dejamos que mueran de sed y hambre.

En el desierto de Gobi, no hay pasto, el agua es escasa y más salada que la del mar; eso, cuando no está helada y dura como la roca. Los espejismos del maligno retienen a los viajeros durante semanas, hasta que mueren de locura y sus huesos blanquean el suelo.

Cuando el huracán barre la arena, entre las placas de sal, brillan al sol esas piedras de diamante, jaspe, ágata y ónix que los hombres parados aprecian tanto como para matar y morir por ellas, si antes no los exterminan el hambre, la sed, la locura o nuestras flechas.

La inmensidad de Gobi sólo la recorren con plena libertad los torbellinos de arena y nieve. Ni la mejor carga de amuletos podrá evitar que las voces engañosas de los malignos atraigan a las caravanas fuera de su ruta y se hundan en los pantanos salados, o el hielo las petrifique hasta que el verano las pudra y saque sus huesos al sol.

En verano, las tormentas de arena atraviesan el fieltro más prieto y laceran la piel. Respirar es un tormento, y el sol desaparece durante días. Así es el verano que dispone Tengri el Irritado.

Antes de empezar el otoño, en la época de los mayores calores, en tanto es de día, el sol abrasa la tierra y enloquece a quien se expone a él. Pero luego hiela por la noche y se desata el huracán del Baikal. De repente, viene el aire tan frío y seco que la piel salta a tiras y se raja en grietas tan hondas como las que hace el látigo de cuero de potro.

En invierno, las tormentas de nieve hacen añorar el furor de los huracanes de arena. Todo lo que se alza del suelo, yurta, piedra, hombre y animal, se recubre de la helada rígida como el hierro. Nadie puede ver tres pasos ante sí. Correas de cuero tendidas de yurta a yurta indican el camino en caso necesario; muchas veces mueren los viejos y

los jóvenes agarrados a la trenza de cuero, a dos brazos de la yurta que no han podido alcanzar. En la tormenta helada, los caballos se vuelven locos antes de morir, porque el huracán consiste en caballos furiosos que los malignos envían en estampida.

En primavera, es la pradera florida. El sol es dulce, es la estación de los que han sobrevivido. Y el momento de partir a la guerra.

Así es la calidad del tiempo del corazón del mundo, por voluntad de Tengri el Irritado.

## Los hijos del lobo

Sembrar la hierba, cavar acequias, raer la tierra con la azada, es despreciable, propio de grillos y topos. Si el suelo se muestra avaro y no da para tu rebaño, márchate hacia el buen pasto, y, si otro lo tiene, arrebataselo o sigue adelante.

La yurta y el lomo del caballo son tu patria. Naces bajo la yurta y te abaten sobre el caballo.

Nuestra yurta de fieltro tiene seis lados y es negra. La soporta un armazón de madera y es el único equipaje que se transporta durante la guerra, porque a nadie es preciso recordarle que lleve consigo sus armas.

Si no vamos a la guerra, sino en busca de pasto, lo que rara vez es posible sin guerra, el equipaje es mayor: unos bancos cubiertos de piel y un arca con las escudillas, los vestidos de fiesta de las mujeres y las figuras de los dioses menores.

Cuando no hay imperio, sino dispersión en muchas tribus, Tengri el Irritado puede hacerse ocioso, dormirse lentamente en el olvido y fragmentarse en muchos dioses menores.

En el tiempo en que me parió mi madre y mi padre me puso en sus rodillas, el día en que bajé del árbol de las almas, se conocían noventa y nueve dioses menores.

El ganado es la riqueza. Él provee de lo necesario. De su piel viene nuestro vestido y el de la yurta. Con el cuero se hacen corazas, escudos, calzado y cuencos de comer y beber. Los huesos y tendones son para hacer armas y todos los instrumentos, aunque no sean para matar. El fiemo es el mejor material para el fuego en la yurta. Porque no hay leña en la estepa.

La carne es el alimento del hombre, así como la hierba lo es del animal. Cruda, secada a la intemperie, ahumada o puesta al fuego, ninguna carne es mala. La gente parada desdén comer perro, gato y rata. Y se equivoca, porque la única carne despreciable es la del hombre parado, cuando está muerto y es carroña. Entonces dejamos atrás esa podredumbre, para acorralar y matar al hombre parado en otra ciudad.

Los hombres parados tienen como gran cosa no comer con los dedos. Así han degenerado ellos. Porque tomar la carne con la mano y cortarla con el cuchillo ante la boca recuerda a un hombre que sólo de su mano y su cuchillo se puede fiar.

También se asegura haber visto en gente parada otros signos de degeneración, que no diré sin repugnancia, como guardar la grasa de los dedos, las babas de la boca y los mocos de la nariz en paños, como si fuera cosa preciosa.

Hasta los niños que se tambalean saben que la grasa que te queda en los dedos cuando comes debes tributarla

a las botas, que siempre lo agradecen y te protegerán del agua y el frío, e incluso de la inmundicia, cuando pises la carroña de tu enemigo.

El queso debe ser duro y seco, para poder transportarlo a la caza y la guerra. Un guijarro de queso y un puñado de mijo bastan a un hombre para cabalgar de mar a mar, por todo el suelo de la yurta del universo.

Pero el alimento más importante es el kumis, la leche de yegua fermentada que forma la bebida sagrada de los hijos del lobo. Cura y fortalece el alma. Es el producto más noble y excelso que se obtiene del caballo, animal que arrebatamos a Tengri el Irritado.

Todos los hijos del lobo, hombres, mujeres, niños y viejos, viven sobre la silla de su caballo. Y cabalgan mientras viven. Ningún hijo del lobo es tan pobre que no tenga caballo. Porque quien no tiene caballo muere.

Hemos visto a gente parada hacernos la guerra a pie, cubiertos de hierro o con lanzas ridículas. Cualquier becerro de la estepa da más trabajo en su captura y degüello que un hombre parado. Cuando arrasamos la gran Kiev y la riquísima Samarkanda, que eran orgullo de la gente parada de la mano derecha, nos hicieron la guerra a pie de un modo que hubieran servido de juguete para nuestras mujeres a caballo.

El caballo pertenece a Tengri el Irritado, es su animal sagrado. Cada familia le sacrifica algún caballo, de tiempo en tiempo, cuando le parece necesario. Se hace una yurta nueva, con un abedul en el centro con tantas muescas

como los cielos de la yurta del universo. Unos dicen que son nueve, y otros, que doce, y aún más. Se le sacrifica adentro el caballo y se come. Fuera de lo comido, no se ha de aprovechar nada. Y el fuego debe llevarlo a Tengri el Irritado, porque le pertenece.

Pero ningún sacrificio puede aplacarlo, porque cuando el hijo del lobo domó el primer caballo, ofendió a Tengri el Irritado. Poseemos el caballo, cosa que le pertenece. Y bebemos kumis, bebida que procede del caballo que le pertenece. No hay arreglo con Tengri el Irritado.

Sólo le damos cierto agrado llevando la desolación adonde el hombre parado, ser despreciable que vive amontonado en lugares abominables.

La época dulce de la pradera florida no la dispone Tengri el Irritado para nosotros, hijos del lobo, sino para que las yeguas puedan parir, y se cubran, y empreñen otra vez. Lo hace por el caballo. Por eso, hasta cuando gozamos de la primavera, tomamos lo que no nos pertenece. No hay arreglo con Tengri el Irritado.

El número y calidad de sus caballos son el orgullo del hijo del lobo. Poseí tantos que, ya no las cabezas, sino mis rebaños, eran tan incontables como la arena de Gobi o los mosquitos de la tundra.

Hemos visto muchos caballos al recorrer el suelo de la gran yurta del universo. Monstruosos, con el lomo más alto que un hombre con la mano alzada, patas como troncos de abeto y grupas más anchas que una yurta abierta de par en par al sol de primavera; altos y finos, de remos

largos y pelleta brillante; anchos de pecho, con oleadas nerviosas, como el Baikal antes de la tormenta; de cuello nervudo, cabeza grande y pequeña, pezuña blanca, crin rizada, anca partida, lomo combado y tenso, piafadores y tercos, espumeantes y mansos; de todo hemos visto y les hemos mirado pelaje y dentadura.

Ningún caballo es como el nuestro, éste, el que domó el hijo del lobo, el que pertenece a Tengri el Irritado. Es pequeño, resistente y habituado a todas las privaciones. Puedes guiarlo con las botas cuando te ocupas del arco o la espada.

Un hombre que se precie no se ocupa más que de la guerra y la caza. Las dos son la misma cosa. Todo lo de la una vale para la otra. La caza ocupa el lugar de la guerra y es su preparación.

El mejor hombre es como el lobo. Pero si no puede partir a la caza de otros hombres o animales, se arrastrará por la yurta, dirá tonterías, se hartará de kumis, de carne o de alcohol de arroz, buscará pendencia o se acercará a la mujer que no le corresponde. Habrá que matarlo. Pero es mejor emplearlo en campaña.

Un hombre que hayas cazado y sea útil vale como un caballo con silla, como un camello o un becerro. No acapares individuos inútiles. Las mujeres y artesanos que captures valen mucho, recógelos como un rebaño y arréalos hacia adelante.

La lealtad con el amigo y el aliado tiene gran valor; guárdala, porque es tan valiosa como el buen caballo. Al

enemigo le corresponde el engaño, como a la pieza que vayas a cazar. Te conviene saber qué amigos se harán enemigos antes de que ellos lo sepan.

Tu superioridad sobre el adversario, sea hijo de lobo u hombre parado, consiste en servirte de manera más eficaz de las armas que ofrece la gran yurta del universo; la primera es la astucia. Ella te dará el dominio del mundo.

Cuando los hijos del lobo respiraron el aire de las ciudades y los grandes cubiles de los hombres parados, fue como una pesadez de alcohol de arroz que no se pasa al día siguiente y permanece como una niebla en la mente. Se hicieron blandos, tramposos y de sangre de limaco.

Confundieron el delirio con la verdad, y la charlatanería, con el instinto del cazador. No supieron dónde queda el día y la noche, quedaron torpes como topos al sol. Y perdieron todas las ventajas.

El hijo del lobo está hecho para la guerra y la caza. No para hablar sentado en mesas, donde las palabras marean más que el humo de alerce.